

Los tarahumaras le contaron al antropólogo que los cantos narran cómo llega el jículi con sus sonajas y su vara de mando para curar y proteger al pueblo y para prodigarles una “bonita” borrachera. Es por esto que se derrama licor junto a una cruz que preside la fiesta; el indio que lo hace con una jícara, da tres vueltas rápidas alrededor del fuego ofrecidas al sacerdote y otra para los demás que ahí están reunidos.

Lumholtz corrobora que los pueblos de la amplia región poseen costumbres, adquieren conocimientos y practican ciertas técnicas que de algún modo se encuentran entrelazadas unas con otras; el jículi es uno de los mejores ejemplos, pues descubre el investigador que su uso se extiende por diversos pueblos, diferentes lingüísticamente y a veces con costumbres confrontadas; es así que cuando lo encuentra entre los huicholes, le dedica un tiempo a la observación, el análisis y la descripción similar al empleado con los tarahumaras. Descubre que los huicholes establecen una estrecha relación al jículi o peyote con el venado y el maíz, por ello, les da lo mismo tomar jículi que caldo de venado, ambos les dan la confianza de que el maíz se dará bien;³¹ además, se percata de que la recolección y las ceremonias en su honor tienen mucho en común.

Los huicholes le confiaron que fue en forma de gigantesco ciervo como se presentó el primer jículi a los antepasados y que en las huellas que dejaba a su paso fueron naciendo pequeños peyotes. De las danzas de esta fiesta entre los huicholes, el antropólogo proporciona, entre otros, los siguientes detalles:

No es continua. Se interrumpe de cuando en cuando y los lugares en que se comienza y se acaba están siempre ubicados a la derecha de los sacerdotes. Dos hombres y sus mujeres la dirigen, mejor vestidos que los demás y dando vueltas y vueltas durante la danza. Este fue el baile huichol más interesante que pre-

³¹ *El México desconocido, op. cit.*, p. 266.